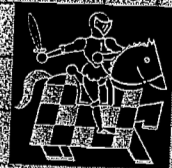




Cultura Política

*Pilar del Castillo, Ismael Crespo
(Edits.)*



Colección Ciencia-Política



INDICE

Presentación <i>Pilar del Castillo e Ismael Crespo</i>	11
Enfoques teóricos	
En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos <i>Joan Botella</i>	17
Enfoques en el estudio de la cultura política <i>Francisco J. Llera</i>	39
Perspectivas comparadas	
Elementos de cultura política en la Unión Europea <i>Pilar del Castillo e Ismael Crespo</i>	63
Actitudes políticas en Europa del Este <i>Carmen González</i>	89
Elites parlamentarias y cultura política en América Latina <i>Antonia Martínez</i>	115
Valores sociales de mercado en la cultura política de la Liga Norte <i>Cesáreo R. Aguilera de Prat</i>	155
Cultura política y democracia en España	
Elites y cultura política en la España democrática <i>María Luz Morán</i>	185
Las bases culturales de la ciudadanía democrática en España <i>Jorge Benedicto</i>	223
Bibliografía seleccionada <i>Fátima García</i>	259

ENFOQUES EN EL ESTUDIO DE LA CULTURA POLITICA

Francisco J. Llera

TAL como se indica en el capítulo precedente de Joan Botella, el estudio de la cultura política aparece con fuerza durante la década de 1960, en un ambiente de gran confianza en las posibilidades analíticas y comprensivas de la Ciencia Política, sobre todo, anglosajona. El propio Gabriel A. Almond reconoce tres componentes intelectuales de los que es heredero o, cuando menos, deudor el paradigma de la cultura política: en primer lugar, la tradición sociológica de Weber, Durkheim, Mannheim, Parsons y otros; en segundo lugar, la tradición de la psicología social de Lazarsfeld, entre otros; y, por último, la tradición psicoantropológica iniciada por Freud, y que incluye a los teóricos de la *Escuela de Frankfurt*, la antropología de Benedict y Mead, o al propio Lasswell¹.

Siguiendo a John R. Gibbins, diremos que en un contexto intelectual de elevado pluralismo teórico, la noción holística de cultura no encuentra sitio en teorías individualistas como el existencialismo, las teorías de los juegos o de la acción racional²;

¹ Gabriel A. Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage, London, 1990 (pág. 142).

² John R. Gibbins: «Contemporary Political Culture: an Introduction», en J. R. Gibbins (Ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, Sage, London, 1989 (págs. 1-30).

por el contrario, obtiene un lugar, más o menos privilegiado, en planteamientos teóricos tan distintos como el análisis de las «variables patrón» de Parsons, la teoría sistémica de Easton o Dahl, el funcionalismo del propio Almond, el idealismo de Oakeshott, la antropología de Winch o las variantes del marxismo.

Así, por ejemplo, y sin pretender ser exhaustivos, para los teóricos marxistas la cultura oscila entre consideraciones muy distintas, dando cuenta del pluralismo de esta escuela de pensamiento: para unos es una simple variable dependiente, mientras que para otros es una variable plenamente explicativa, optando los más conciliadores por considerarla simplemente interviniente o interdependiente. Para los funcionalistas y la teoría de sistemas la cultura es una parte del entorno político de la sociedad. Para los idealistas y la antropología la cultura es una forma de vida, que se convierte en componente y precondition para la comprensión y la adopción de una práctica política.

En este ambiente intelectual fueron Gabriel A. Almond y Sidney Verba los que dieron forma analítica y empírica al estudio de la cultura política a comienzos de la década de 1960, iniciando de este modo uno de los paradigmas de investigación —el de la *cultura cívica*— más importantes y fructíferos de la Ciencia Política contemporánea³. En cuanto teoría de «rango medio», este paradigma de investigación constituye un intento serio de crear un instrumento conceptual y operativo que sirva para conectar, más o menos causalmente, los componentes micro y macro de la política moderna.

Con todo, tras la primera década de euforia, se produjo un cierto abandono plagado de críticas y controversias, entre otras razones, porque el pluralismo de definiciones, teorías, métodos

y paradigmas, unido a la expansión conceptual, convirtieron el enfoque del estudio de la cultura política en algo cada vez más problemático⁴.

El propio Almond advierte que «la cultura política no es una teoría; se refiere a un racimo de variables necesarias para la construcción de teorías; pero, desde el momento en que define tales variables y compromete su investigación, atribuye poder explicativo a la dimensión subjetiva de la política, que supone que hay variables contextuales e individuales que pueden explicarla. El poder explicativo de las variables de la cultura política es una cuestión empírica y, por tanto, abierto a hipótesis y comprobación»⁵. Más adelante, él mismo reconoce que el desarrollo polémico de la investigación de la cultura política en las décadas de 1970 y 1980 ha girado en torno a tres cuestiones: en primer lugar, las diferencias de opinión referidas a la definición y a la especificación de los componentes de la cultura política; en segundo lugar, la controversia sobre la separación analítica entre cultura política, y estructura y comportamiento políticos; y, en tercer lugar, el debate sobre su causalidad.

Desde el principio, por tanto, los estudios de la cultura política tienen que enfrentarse a tres tipos de problemas: de definición, de conflicto de paradigmas y de operacionalización. El análisis de estos tres tipos de problemas nos permite hablar también de distintos enfoques en el estudio de la cultura política referidos, asimismo, a tres planos: el conceptual, el teórico o paradigmático y el metodológico.

⁴ Max Kaase analiza algunas de estas razones en su estudio «The Concept of Political Culture: its Meaning for Comparative Research», en *EUI Working Paper*, n.º 30, 1982.

⁵ Gabriel A. Almond: «The Intellectual History of the Civic Culture Concept», en G. A. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited*, Sage, London, 1989 (págs. 1-36).

³ Gabriel A. Almond y Sidney Verba: *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963.

I. ENFOQUES CONCEPTUALES

El primer problema, como reconocen todos los estudiosos, se refiere al pluralismo y a la expansión de la definición conceptual, que ha sido ampliamente abordado por un buen número de autores, y que tiene indudables implicaciones teóricas y metodológicas⁶.

De acuerdo con el análisis de Dennis Kavanagh, podemos agrupar las definiciones de la cultura política en seis categorías o enfoques⁷:

1.º Las consideraciones psicológicas que subrayan la orientación individual hacia los objetos políticos. Sería la concepción que subyace en la obra de Parsons y Shils⁸, así como en los propios Almond y Verba.

2.º La concepción sociológica de tipo comprensivo, que incluye a la vez las orientaciones individuales y el comportamiento que implica orientaciones. Sería la concepción, entre otros, de Geertz⁹.

3.º Las concepciones positivistas que definen la cultura en términos de valores y normas consensuales o dominantes generados en la sociedad. Sería el planteamiento original de Durkheim sobre la *solidaridad social*.

4.º Las definiciones heurísticas que proporcionan constructos hipotéticos o tipos ideales para explicar fenómenos parciales, como, por ejemplo, las creencias o el comportamiento autoritario o cínico. Serían los planteamientos de Weber, en *Economía y Sociedad*, de Bell o de Lipset¹⁰.

5.º Las definiciones lingüísticas o antropológicas que consideran a la cultura como un discurso de significados para un grupo humano. Sería, básicamente, la concepción de Winch¹¹.

6.º Finalmente, el «cajón de sastre» que identifica la cultura política con conceptos tales como «cultura nacional», «identidad política» o «ideología dominante», tal como subraya Mackenzie¹².

II. ENFOQUES TEORICOS

El problema del conflicto de paradigmas de la cultura política está íntimamente relacionado con las cuestiones definitorias que acabamos de evocar. Veamos los más importantes, siguiendo el análisis de Gibbins¹³.

6 Una muestra de los balances más recientes sobre las diferentes definiciones, usos y funciones del concepto de cultura política, además de los ya citados trabajos de M. Kaase (1982) y J. R. Gibbins (1989), es la siguiente: Dennis Kavanagh: *Political Science and Political Behaviour*, Allen & Unwin, London, 1983; Glenda M. Patrick: «Political Culture», en G. Sartori (Ed.), *Social Science Concepts: a Systematic Analysis*, Sage, London, 1983 (págs. 265-314); Lucian W. Pye: «Political Culture Revisited», en *Political Psychology*, n.º 12, 1991 (págs. 487-508); Ruth Lane: «Political Culture: Residual Category or General Theory?», en *Comparative Political Studies*, n.º 25, 1992 (págs. 362-387); y, Stephen Welch: *The Concept of Political Culture*, St. Martin's Press, New York, 1993.

7 Dennis Kavanagh: *Political Science and Political Behaviour*, Allen & Unwin, London, 1983 (pág. 19).

8 Talcott Parsons y Edward Shils (Eds.): *Towards a General Theory of Action*, Harvard University Press, Cambridge, 1951.

9 Clifford Geertz: *The Interpretation of Cultures*, Basic Books, New York, 1973.

10 Daniel Bell (Ed.): *The Radical Right*, Doubleday, New York, 1964; y, Seymour M. Lipset: *Political Man. The Social Basis of Politics*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1960.

11 Peter Winch: *The Idea of a Social Science and its Relation to Philosophy*, Routledge & Kegan Paul, London, 1958.

12 W. J. M. Mackenzie: *Politics and Social Science*, Pelican, Harmondsworth, 1967; y, *Political Identity*, Manchester University Press, Manchester, 1978.

13 John R. Gibbins: «Contemporary Political Culture: an Introduction», en J. R. Gibbins (Ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Post-modern Age*, Sage, London, 1989 (págs. 4 ss.).

El primero está compuesto por los análisis funcionalistas y de las «variables patrón» de la cultura política, que atribuyen a la conformidad y el conflicto de valores un papel central en la explicación del comportamiento político, siguiendo la concepción teórica de Durkheim y Parsons. Recuerdese que para estos autores los valores y las normas son una especie de hechos sociales que cimentan una sociedad. El fracaso de una sociedad para crear o mantener un acuerdo cultural, ya sea consensual o pluralista, puede producir problemas y cambios estructurales o de comportamiento que pueden poner en peligro al cuerpo social. Reforzado por el paradigma de la *modernización*, dominante en el mundo intelectual anglosajón de las décadas de 1950 y 1960, el paradigma de la cultura política convirtió a la *cultura cívica* en una condición de posibilidad de la modernización y estabilidad políticas y hasta de la propia democracia.

Este enfoque en las manos de Almond y Verba requiere el inventario de un conjunto de normas y valores, que, tanto en el campo de la investigación como de la práctica política, permita descubrir las precondiciones de un gobierno estable y efectivo en una variedad de estados. Lo discutible son los presupuestos ideológicos que hay detrás, como el valor superior de la estabilidad, del cambio gradual, del consenso, de la democracia liberal o de la *cultura cívica*, así como la supuesta causalidad entre cultura y estructura¹⁴.

En segundo lugar, la teoría de sistemas, que arraiga en la década de 1960 con la obra de David Easton, trata de poner en cuestión tales supuestos políticos, considerando a cada política como un sistema cuya supervivencia depende de su capacidad de respuesta y, por tanto, de generar los *outputs* requeridos por

cada sistema particular¹⁵. El primer problema que esta concepción plantea es que la lógica de la política desaparece ante la superioridad de los supuestos sociológicos o biológicos. El segundo problema es que la cultura política es desplazada hacia una concepción del «entorno político», lejos del centro del comportamiento y la actividad política. De este modo, lo que se plantea es cómo los valores (contexto) influyen en el comportamiento (texto), y cómo los *outputs* del comportamiento del sistema retroalimentan el «entorno». Desde esta concepción se descuidan los comportamientos y valores indeseables o asistémicos, de forma que la investigación sobre la cultura política se convierte en marginal.

El marxismo aporta el tercer gran paradigma, llamado de la *ideología dominante*, para la comprensión y análisis de la cultura política, cuyo estudio, sin embargo, la relega a una posición secundaria y subordinada¹⁶. Tradicionalmente, los marxistas han concebido la cultura política como una parte de la superestructura, un epifenómeno, un simple reflejo de las relaciones de producción. Las normas y los valores culturales vienen determinados, en última instancia, por la base económica y social de la sociedad y su fraccionamiento en clases. El estudio significativo debe centrarse en la diferenciación entre la cultura dominante de la clase en el poder y las otras subculturas de clase.

Sin embargo, las versiones ortodoxas, que pecan de reduccionismo y determinismo en su concepción del papel de la cultura, fueron corregidas por las posiciones de autores como Gramsci, Lukacs, Bloch, Adorno o Benjamin, entre otros. La

14

El propio Gabriel A. Almond rechaza tal interpretación reduccionista en su artículo «The Intellectual History of the Civic Culture Concept», en G. A. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited*, Sage, London, 1989 (pág. 29).

15

David Easton: *A System Analysis of Political Life*, Wiley, New York, 1965.

16

Stuart Hall: «The Toad in the Garden: Thatcherism among the Theorists», en C. Nelson y L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Macmillan, London, 1988; y, Archie Brown (Ed.): *Political Culture and Communist Studies*, Macmillan, London, 1984.

teoría de la hegemonía a la que dan lugar tales revisiones sostiene que los valores pueden jugar un papel central en la creación y el mantenimiento de una cultura. Ideas y valores son productos del consentimiento popular y en éstos tienen que basarse las fuerzas políticas para obtener éxito. La cultura política es una respuesta a una determinada «correlación de fuerzas» y es el efecto de los conflictos del poder político. El estudio de la cultura política sería, pues, la consideración histórica de la emergencia de distintas hegemonías en conflicto, el análisis crítico de las fuerzas económicas y políticas que representan, el estudio de su carácter interno y la crítica rigurosa o negación de su lógica o efecto. De hecho, Gramsci insiste en la necesidad práctica de los grupos de construir sus propias culturas políticas y de deslegitimar, al mismo tiempo, las de sus oponentes. Este paradigma de la *ideología dominante* es criticado por su voluntarismo y su visión instrumental. Los críticos pluralistas, no sólo lo ven equivocado, sino innecesario, porque creen que el orden y la armonía políticos no están mejor garantizados por la hegemonía, sino por el disenso y por el pragmatismo que impone el pluralismo de las diferencias sociales.¹⁷

El cuarto paradigma sería el de idealistas y antropólogos tan distintos como Wittgenstein, Oakeshott o Winch, quienes, a pesar de sus diferencias, comparten la idea de que son la tradición de creencias y prácticas, el juego de lenguajes y la forma de vida lo que mantiene unida a una sociedad, y lo que hace posibles y plenas de significado las acciones en su seno.

¹⁷ Bryan S. Turner et al.: *The Dominant Ideology Thesis*, Allen & Unwin, London, 1980. También se pueden ver, entre otras, las críticas vertidas por Seymour M. Lipset: *Political Man. The Social Basis of Politics*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1960; Michael Mann: *Consciousness and Action among the Western Working Class*, Macmillan, London, 1973; y, David Held: *Models of Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1987.

Según esta concepción, una sociedad es una comunidad moral amalgamada por un lenguaje común, por unas reglas de vida, por unas técnicas de discurso y debate, y por unas prácticas o formas de salir adelante. La política sería la actividad pública por la que los ciudadanos negocian, mediante su lenguaje, sobre tales reglas y prácticas. La cultura política serían las actitudes, las creencias y las normas de asociación política en y entre subculturas y su estructuración en prácticas e instituciones. La dificultad de hacer operativas estas ideas y su concepción conservadora han hecho que tenga pocos seguidores, a pesar del valor heurístico que se le atribuye.¹⁸

III. ENFOQUES METODOLÓGICOS

Decíamos que había un tercer problema, referido a la operacionalización, es decir, al enfoque metodológico del estudio de la cultura política, precisamente por su carácter holístico y por los requerimientos de las teorías de tipo macro. Esto, en primer lugar, ha planteado problemas en la intersección entre los estudios macro y micro, enfocando la investigación hacia los métodos de análisis más individualistas. En segundo lugar, los problemas metodológicos han desencadenado esfuerzos para identificar, medir y correlacionar fenómenos culturales. A las dificultades para el análisis a nivel local hay que añadir las mucho mayores para el análisis comparativo.

El propio Gabriel A. Almond reconoce en el desarrollo de la metodología de la investigación muestral y por encuesta uno de los cimientos fundamentales para la puesta en marcha del

¹⁸ Alasdair MacIntyre: *After Virtue: A Study in Moral Theory*, Duckworth, London, 1981.

paradigma de investigación de la cultura política¹⁹. El propio autor subraya cuatro componentes de esta nueva revolución empírica de gran predicamento en el *behaviorismo* politológico: en primer lugar, el desarrollo de métodos de muestreo cada vez más precisos permite reunir datos representativos de poblaciones grandes y complejas; en segundo lugar, la creciente sofisticación de los métodos de encuesta asegura una mayor fiabilidad de los datos obtenidos en las entrevistas; en tercer lugar, las mejoras de la escalometría facilita la obtención y organización de respuestas en dimensiones homogéneas, así como su relación con las variables del modelo teórico; finalmente, la gran diversificación y aplicabilidad de métodos de análisis e inferencia estadística se han movido desde la simple descripción a los modelos multivariantes, causales o de patrones, que permiten relacionar con gran precisión variables contextuales, actitudinales y de comportamiento.

Las cuestiones metodológicas clave son las siguientes: ¿Cuáles son las relaciones entre cultura y cultura política? ¿Cómo se pueden determinar las relaciones entre estructura, comportamiento y cultura? ¿Cómo podemos categorizar y medir las orientaciones culturales? ¿Cómo podemos conocer los pensamientos de los otros? ¿Cómo podemos identificar los factores normativos? ¿Cómo pueden ser comprobadas todas las hipótesis al respecto?

Además, una vez respondidas tales cuestiones, se nos suscitan otras referidas a las técnicas a emplear: ¿Los estudios cuantitativos basados en encuestas muestrales con cuestionarios estructurados? ¿Los estudios cualitativos basados en entrevistas en profundidad con cuestionarios semidirigidos? ¿Los estudios cualitativos basados en reuniones y discusiones de

grupo? ¿Los estudios cualitativos basados en el análisis documental y de contenido? ¿Una mezcla de varias de estas técnicas?

Estos y otros muchos problemas referidos al potencial explicativo de la cultura política salieron a la superficie a finales de la década de 1970, produciendo una discreta retirada de la posición central que el estudio de la cultura política había ocupado en el seno de la Ciencia Política internacional.

IV. ENFOQUES CRITICOS

Construido el enfoque analítico *culturalista* inicial de Almond y Verba sobre la base de concebir la cultura política como una variable independiente para explicar un modelo de modernización y estabilidad democrática, las críticas surgen desde presupuestos teóricos e ideológicos muy distintos. Tales críticas se han centrado, sobre todo, en el concepto de cultura, la relación existente entre la cultura política y el comportamiento de los ciudadanos y el sistema político, la precaria operacionalización de la estabilidad de los sistemas políticos como variable dependiente, y la propia tipología de la cultura política y, más particularmente, de la *cultura cívica*.

El propio Gabriel A. Almond identifica las críticas al paradigma de la cultura política como provenientes de cuatro perspectivas diferentes²⁰.

El primer grupo de críticas lo protagonizan Brian Barry y Carole Pateman²¹. Estos autores, además de criticar el sesgo

²⁰ Gabriel A. Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage, London, 1990 (pág. 144).

²¹ Brian Barry: *Sociologists, Economists and Democracy*, Collier-Macmillan, London, 1970 (pág. 47); y, Carole Pateman: «Political Culture, Political Structure and Political Change», en *British Journal of Political Science*,

¹⁹ Gabriel A. Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage, London, 1990 (pág. 142).

ideológico y el etnocentrismo del paradigma de la *cultura cívica* que está detrás de su definición normativa de la democracia, rechazan el reduccionismo causalista según el cual la socialización produce las actitudes políticas, que, a su vez, causan el comportamiento político y soportan las estructuras políticas. Sin embargo, ambos aceptan que la cultura política es el resultado de la interacción de los ciudadanos con las instituciones, reconociendo que la causalidad funciona en ambas direcciones.

Un segundo grupo de críticas proviene del marxismo, tal como se refleja en la obra de Jerzy Wiatr y otros, según los cuales las actitudes y su cambio resultan del condicionamiento de las estructuras económicas y sociales²². La lógica causal opera, por tanto, en otro sentido: desde la estructura de clases a las actitudes políticas, el comportamiento político y el sistema institucional. Para estos autores, las actitudes políticas tienen un contenido necesariamente estructural, pero la autonomía y la intensidad de su poder explicativo son más bien escasas.

Una tercera línea crítica la constituyen, sobre todo, los estudiosos de la cultura política en los regímenes comunistas, para los que las actitudes políticas no son separables del comportamiento político, evitando la reducción del concepto de cultura política a sus aspectos psicológicos o subjetivos y afirmando la capacidad de las estructuras políticas para moldear las actitudes de los ciudadanos²³. Sin embargo, lo ocurrido tras

n.º 1, 1971 (págs. 291-305), y «The Civic Culture: a Philosophical Critique», en G. A. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited*, Sage, London, 1989 (págs. 57-102).

²² Jerzy Wiatr: «The Civic Culture from a Marxist Sociological Perspective», en G. A. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited*, Sage, London, 1989 (págs. 103-123).

²³ Véanse, entre otros, los trabajos de Richard Fagen: *The Transformation of Political Culture in Cuba*, Stanford University Press, Stanford, 1969; Robert C. Tucker: «Culture, Political Culture and Communist Society», en *Political Science Quarterly*, n.º 88, 1973 (págs. 173-190); y, Stephen

la quiebra de estos regímenes obliga a repensar seriamente tales conclusiones, a la vista de la resistencia al cambio que denotan las actitudes políticas de los ciudadanos postcomunistas.

El cuarto grupo de críticas lo identifica Almond con la escuela de pensamiento de la elección racional o del individualismo metodológico, para quienes la estructura y el comportamiento políticos pueden ser explicados desde el cálculo racional de los intereses materiales de corto alcance de los actores políticos²⁴. En su versión más radical, no hay sitio para los componentes culturales (valores, normas, sentimientos, elementos cognitivos), ya que éstos carecen de capacidad explicativa ante unos actores individuales definidos como meros maximizadores de las preferencias presentes. Sin embargo, versiones menos radicales han incorporado, más recientemente, elementos del enfoque psicosocial.

A estos cuatro grupos se añadiría un quinto, que podríamos identificar como «revisionistas». Su enfoque del estudio de la cultura, siguiendo la tradición hermenéutica, se inspira en los trabajos de antropólogos y sociólogos como Lasswell, Arnold, Edelman y el ya citado Geertz. Su concepción amplia de la cultura, a la que se le reconocía muy escasa autonomía y, por tanto, un pobre poder explicativo, al identificarla como un componente más del sistema social global, y su precaria operacionalización sistemática para la investigación comparada, hicieron que al principio tuviera poco predicamento entre los politólogos²⁵. Sin embargo, en la última década aparece una

White: *Political Culture and Soviet Politics*, Macmillan, London, 1979; y «Political Culture in Communist States: Some Problems of Theory and Method», en *Comparative Politics*, n.º 16, 1984 (págs. 351-365).

²⁴ Ronald Rogowski: *Rational Legitimacy*, Princeton University Press, Princeton, 1974; y, Samuel Popkin: *The Rational Peasant*, University of California Press, Berkeley, 1979.

²⁵ Jeffrey C. Alexander: «Analytic Debates: Understanding the Relative Autonomy of Culture», en J. C. Alexander y S. Seidman (Eds.), *Culture and Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990 (págs. 1-27).

literatura política que ya parte de un concepto más amplio de cultura y también, de cultura política, a la que se le dota de mayor autonomía y poder explicativo²⁶, como muestra la reformulación operacional realizada por Samuel H. Barnes²⁷, siguiendo la tradición culturalista, o el estudio de Richard M. Merelman²⁸. Esta revisión, en boca de sus protagonistas, pretende superar algunas de las limitaciones normativas, conceptuales y operativas, tanto del funcionalismo como del *behaviorismo*.

Como se puede comprobar, el optimismo inicial pronto se vio superado por las críticas de etnocentrismo y el olvido de los factores menos convencionales o más problemáticos del funcionamiento político. El paradigma de la cultura política sufrió un serio revés por el impacto de las mismas, sobre todo, durante los años de crítica radical al funcionalismo y al *behaviorismo* por su conservadurismo²⁹.

Por otro lado, la inicial constatación empírica del declive de la *cultura cívica* en algunas de las grandes democracias parecía poner en cuestión el propio paradigma³⁰. Así, la comprobación de la debilidad de las orientaciones y alineamientos clásicos

lleva a los politólogos a hablar, cuando menos, de *crisis* de la cultura política occidental. Los indicadores de tal crisis se definen por comportamientos caracterizados por el desinterés y el cinismo ante la política, el incremento de la racionalidad instrumental, el colapso de las actitudes y alineamientos tradicionales y el surgimiento paralelo de otros nuevos, en concreto, el desalineamiento partidista y de clase, la volatilidad política y la propia crisis de legitimación.

En definitiva, a finales de la década de 1970 la investigación y el concepto de cultura política se convierten en problemáticos, y sobre todo porque los conceptos, los métodos, las teorías y los paradigmas tradicionales no parecen tener ya el mismo valor explicativo ni los mismos apoyos científicos.

V. NUEVOS ENFOQUES

Como recuerda el propio Almond, tres décadas después de sus primeros desarrollos queda claro que el paradigma de la cultura política ha encontrado un sitio en el entramado conceptual de la Ciencia Política, convirtiéndose en un componente obligado de su estrategia explicativa. Alrededor de unos cuarenta libros que abordan la cuestión, ya sea de forma teórica o empírica, y más de un centenar de artículos en revistas o reuniones científicas dan sobrada cuenta del protagonismo adquirido. Además, una parte cualificada de la comunidad científica política ha tratado la cuestión, compartiendo, aunque sea desde posiciones diversas, la idea de la importancia de los valores, los sentimientos y las creencias en la explicación del comportamiento político, y que, a su vez, éstos no son simples reflejos o subproductos de las estructuras social y política, y que, finalmente, los contenidos mentales de los ciudadanos y de las élites políticas son más complejos, más persistentes y más autónomos de lo que el marxismo ortodoxo, el liberalismo y la teoría de la elección racional sostienen.

²⁶ John Street: «Review Article: Political Culture-from Civic Culture to Mass Culture», en *British Journal of Political Science*, n.º 24, 1993 (págs. 95-113).

²⁷ Samuel H. Barnes: *Politics and Culture*, Center for Political Studies, Ann Arbor, 1988.

²⁸ Richard M. Merelman: *Partial Visions: Culture and Politics in Britain, Canada and The United States*, University of Wisconsin Press, Madison, 1991.

²⁹ Michael Thompson et al.: *Cultural Theory*, Westview Press, Boulder, 1989 (pág. 215).

³⁰ Alan I. Abramowitz: «The United States: Political Culture under Stress» y Dennis Kavanagh: «Political Culture in Great Britain: The Decline of the Civic Culture», ambos en G. A. Almond y S. Verba (Eds.), *The Civic Culture Revisited*, Sage, London, 1989 (págs. 177-211 y 136-162, respectivamente).

La proliferación de nuevas democracias y de estudios aplicados que se inspiraban en muchas de las aportaciones conceptuales o metodológicas del paradigma de la cultura política han vuelto a reavivarlo en los últimos años³¹. Al final de la década de 1980 parecían vislumbrarse signos de un mayor interés por el estudio de la cultura política, que coincidían, a la vez, con indicios claros de una cierta convergencia de métodos e interpretaciones³².

Almond clasifica los estudios empíricos actuales sobre la cultura política como centrados en tres ámbitos sociales diferenciados³³: el primer grupo serían las investigaciones sobre la cultura política de las sociedades industriales avanzadas; el segundo grupo lo constituirían los estudios sobre el papel de la cultura política en el desarrollo de las sociedades comunistas; y, el tercero, se aplicaría al análisis del papel de la cultura política, económica y religiosa en la modernización de los países asiáticos. La literatura referida a las sociedades avanzadas se subdividiría, a su vez, en estudios referidos directamente al modelo de la *cultura cívica*, y aquellos otros centrados en el cambio de la cultura política y asociados o inspirados inicialmente en las obras de Ronald Inglehart, y de Samuel Barnes y Max Kaase³⁴.

De la relativa fortaleza del paradigma de la cultura política dan cuenta, además, las propias revisiones o adaptaciones internas, que, tras encajar las críticas más importantes, han posibilitado superar algunos problemas teóricos y, sobre todo, han relanzado los estudios empíricos.

La primera y temprana revisión viene de la mano de Lucian W. Pye y el propio Sidney Verba, quienes redefinen las actitudes políticas como parte de un conjunto de valores culturales, no necesariamente integrado, a veces discontinuas e incongruentes, sin tener por qué ser desestabilizadoras para el sistema político, y con una lógica interna propia, no siempre coincidente con la diseñada de forma normativa para las democracias estables en la *cultura cívica*³⁵.

Estos últimos aspectos son retomados, poco tiempo después, por Harry Eckstein para corregir la rigidez del modelo de la *cultura cívica*, dotándole de una visión más dinámica del cambio cultural y político, precisamente a partir de abrir las orientaciones básicas adquiridas en la socialización primaria a su readaptación ante el impacto de las experiencias incorporadas en la socialización secundaria³⁶.

Un intento serio de reconstrucción del paradigma de la cultura política es, sin duda alguna, el que proviene de Ronald Inglehart³⁷. Su estudio de valores políticos en seis países trata

31 Michael Thompson et al.: *Cultural Theory*, Westview Press, Boulder, 1989 (pág. 247).

32 Aaron Wildavsky: «Changes in Political Culture», en *Politics*, n.º 20, 1985 (págs. 95-102) y «Choosing Preferences by Constructing Institutions: Cultural Theory of Preference Formation», en *American Political Science Review*, vol. 81, n.º 1, 1987 (págs. 3-21); y, Stephen Welch: «Issues in the Study of Political Culture», en *British Journal of Political Science*, vol. 17, n.º 4, 1987 (págs. 479-500).

33 Gabriel A. Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage, London, 1990 (pág. 145).

34 Samuel Barnes y Max Kaase: *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*, Sage, Beverly Hills, 1979.

35 Lucian W. Pye y Sidney Verba: *Political Culture and Political Development*, Princeton University Press, Princeton, 1965.

36 Harry Eckstein: *Division and Cohesion in Democracy: A Study of Norway*, Princeton University Press, Princeton, 1966; «Case Studies in Political Explanation», en F. I. Greenstein y N. W. Polsky (Eds.), *Handbook of Political Science*, vol. 7, Addison-Wesley, Reading, 1975; «A Culturalist Theory of Political Change», en *American Political Science Review*, n.º 82, 1988 (págs. 789-804); y, «Political Culture and Political Change», en *American Political Science Review*, n.º 84, 1990 (págs. 249-259).

37 Ronald Inglehart: *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Politics*, Princeton University Press, Princeton,

de probar su nueva hipótesis sobre el *postmaterialismo* a partir de los cambios de valores, sobre todo entre la juventud, en el comportamiento político y en los apoyos de los partidos políticos. Más en concreto, se fija en el declive de los alineamientos de clase a la hora de la identificación o elección partidista, la emergencia de nuevos movimientos políticos y el crecimiento de temas propios de los estilos de vida o de consumo en la política actual. La cuestión clave es evaluar en qué medida el crecimiento económico y la estabilidad política se relacionan con nuevas formas de expresión política y nuevos movimientos a través del desarrollo de valores y actitudes que el autor denomina como *postmaterialistas*.

En consonancia con las teorías psicológicas de Maslow, y basándose en los modelos generacionales de cambio político y cultural de David Butler y Donald Stokes³⁸, Inglehart sostiene que la socialización de la postguerra se basa en la experiencia de tener cubiertas las necesidades materiales básicas, lo que ha generado la emergencia de nuevas y superiores necesidades de autorrealización, autoestima, afectividad, mejor calidad de vida y mejores y más amplias relaciones sociales. En definitiva, mientras que las viejas generaciones, socializadas en periodos de carencias materiales, han conservado valores materialistas y adquisitivos, prefiriendo estándares de vida y de seguridad más elevados, las nuevas generaciones han desarrollado valores y necesidades *postmaterialistas*. Serían los más expuestos a la educación y al bienestar o al ascenso social, es decir, las clases medias.

A pesar de las discusiones metodológicas sobre la forma dicotómica de presentar las opciones de valor en los cuestiona-

1975; *Changing Culture*, Princeton University Press, Princeton, 1989; y, *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton University Press, Princeton, 1990.

³⁸ David Butler y Donald Stokes: *Political Change in Britain: Forces Shaping Electoral Change*, Penguin, Harmondsworth, 1971.

rios de Inglehart, sobre las técnicas de medición e, incluso, sobre los componentes a introducir en las escalas (satisfacción con la vida, confianza interpersonal, satisfacción con la política, altos niveles de discusión política y apoyo al orden social existente), lo cierto es que este modelo ha penetrado con variaciones en el estudio de la cultura política de la última década.

Veámos que una de las críticas mayores al paradigma de la *cultura cívica* provenía de la escuela de la elección racional. La aportación de Aaron Wildavsky y su *racionalismo cultural* trata, precisamente, de acortar las distancias entre ambos paradigmas, reformulando la causalidad de la continuidad y cambio de la cultura, redefiniendo el pluralismo de las culturas políticas y evitando la estaticidad de la explicación tipológica³⁹.

Finalmente, como indica John R. Gibbins, en el mundo académico vecino a la Ciencia Política ha adquirido gran relevancia el estudio de los fenómenos culturales⁴⁰. Uno de los principales temas es el referido a los imperativos culturales del capitalismo, en general, y del tardío, en particular. En este campo emerge un argumento principal, según el cual la cultura se convierte en el escenario central de cambios sociales radicales en las etapas «desorganizadas» del desarrollo capitalista. Gibbins encuentra en el nuevo paradigma *postmodernista* de explicación de las condiciones y efectos culturales de los cambios económicos, sociales y políticos de nuestro mundo desarrollado una importante fuente de inspiración para su aplicación política. Más en concreto, entiende que su convergencia con el paradigma de la cultura política le aporta potencia explicativa ante los nuevos fenómenos políticos de nuestro tiempo.

³⁹ Aaron Wildavsky: «Changes in Political Culture», en *Politics*, n.º 20, 1985 (págs. 95-102), y «Choosing Preferences by Constructing Institutions: Cultural Theory of Preference Formation», en *American Political Science Review*, vol. 81, n.º 1, 1987 (págs. 3-21).

⁴⁰ John R. Gibbins: «Contemporary Political Culture: an Introduction», en J. R. Gibbins (Ed.), *Contemporary Political Culture. Politics in a Postmodern Age*, Sage, London, 1989 (págs. 12 ss.).

VI. A MODO DE CONCLUSION

No parece que la Ciencia Política haya encontrado un nuevo consenso teórico y metodológico para resolver los problemas de conceptualización del paradigma de la cultura política, o para avanzar en los campos de la teoría política o del análisis macropolítico. Tampoco ha avanzado demasiado en la construcción de una metodología capaz de demostrar la eficacia de la cultura política como marco de explicación e investigación científicas. Ante esta situación, según Gibbins, ha habido tres tipos de respuestas: abandonar el concepto de cultura política como tema central de la Ciencia Política; activar los méritos del eclecticismo con la esperanza de conseguir resultados en la investigación; e, intentar la refundación de la teoría y los métodos del estudio de la cultura política. A pesar de los esfuerzos realizados en esta última dirección, la esperanza más inmediata se sitúa en la segunda opción, que trata de combinar pluralismo y eclecticismo.

Con todo, el paradigma de la cultura política se ha enriquecido y ha podido alcanzar algunas conclusiones teóricas derivadas de la investigación empírica: el abandono de la clasificación tipológica estática derivada de determinados modelos normativos de democracia o de estabilidad democrática; el abandono, igualmente, de la rigidez normativa que imponía una total coherencia entre las actitudes políticas; la revisión del modelo de causalidad contenido en el paradigma de la *cultura cívica*, aceptando el influjo recíproco entre actitudes, comportamientos y estructuras sociales y políticas; y, finalmente, la introducción de un mayor dinamismo en el modelo para explicar las posibilidades de cambio actitudinal y cultural, como consecuencia de la evaluación individual del entorno político o de la incorporación de nuevas experiencias.

El propio Gabriel A. Almond, en un intento de recapitulación, nos dice que el paradigma de la cultura política define a esta última en estos cuatro niveles: «en primer lugar, consiste en un haz de orientaciones políticas de una comunidad nacional

o subnacional; en segundo lugar, tiene componentes cognitivos, afectivos y evaluativos, que incluyen conocimientos y creencias sobre la realidad política, los sentimientos políticos y los compromisos con los valores políticos; en tercer lugar, el contenido de la cultura política es el resultado de la socialización primaria, de la educación, de la exposición a los medios y de las experiencias adultas de las actuaciones gubernamentales, sociales y económicas; y, en cuarto lugar, la cultura política afecta a la actuación gubernamental y a la estructura política, condicionándolas, aunque no determinándolas, porque su relación causal fluye en ambas direcciones»⁴¹.

⁴¹ Gabriel A. Almond: *A Discipline Divided. Schools and Sects in Political Science*, Sage, London, 1990 (pág. 144).